
PENSAR: UNA INVITACIÓN A PROFANAR LA POLÍTICA

POR: JAIME ARAUJO FRÍAS

“Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria”.

Manuel Gonzáles Prada.

“Es preciso enseñar al pueblo a asustarse de sí mismo, para darle coraje”.

Karl Marx.

1. Palabras previas: profanar la política

El deber del filósofo “que está al servicio de la historia, es el de desenmascarar la aniquilación de la persona humana en su aspecto profano [...]” (Marx, 1955: 8). Si consagrar es la expresión que designa la salida de las cosas de la esfera del derecho humano al monopolio de los dioses, profanar significa por el contrario restituirlo al libre uso de los seres humanos (Agamben, 2005: 97).

En el camino, la política, como otras prácticas humanas fundamentales, ha sido usurpada por los adoradores del dios dinero: el capitalismo¹. Por tanto, de lo que se trata es de recuperarla, de

¹ El Capitalismo, dice Giorgio Agamben interpretando a Walter Benjamín: “es una religión, y es la más feroz, implacable e irracional religión que jamás existió, porque no conoce ni redención ni tregua. Ella celebra un culto interrumpido cuya liturgia es el trabajo y cuyo objeto es el dinero. Dios no murió, se tornó dinero. El Banco asumió el lugar de la iglesia y de sus

devolverla a su lugar originario, el pueblo. Y definimos pueblo como el bloque social de los oprimidos, es decir:

La gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre (Castro, 2009 : 46).

Pero para ello, es necesario primeramente pensarlo y luego vestir el pensamiento con las alas del lenguaje y arrojarlo al mundo a fin de movilizar el pensar de los ciudadanos a tomar conciencia de que la política es praxis colectiva terrestre y pedestre y no el privilegio de los dioses.

Por tal razón, si el autor de *El corazón de las tinieblas* dijo que su objetivo al escribir era “antes que nada hacer ver” (Cormas, J. y Pappas, G., 1990: 7). El objetivo nuestro es, ante todo, hacer pensar². Aun a costa de que en nuestro país, como en otros, parezca que el pensar no sea una actividad necesaria para la esfera pública⁷: pues, se puede vivir sin pensar.

Pretendemos agitar, movilizar el pensamiento del lector. Porque si queremos ciudadanos libres y responsables con los asuntos comunes públicos, tendremos que empezar a enraizar una

sacerdotes y, gobernando el crédito, manipula y administra la fe que nuestro tiempo todavía trae consigo” (Ragusa New, 28/03/13).

² Uno piensa por necesidad, no por lujo. Por eso, el contenido del pensar siempre será la vida y las condiciones que la posibiliten: la libertad, la justicia, la igualdad, etc.

disposición a pensar, a reparar en aquellos problemas que la cotidianidad pasa de largo. A pensar allí donde la mayoría repite, a seguir pensando, cuando la generalidad se conforma con lo establecido. Porque pensar es resistir las formas dominantes de representar el mundo y sus problemas.

No obstante, previamente debe quedar claro que el pensar debe estar al servicio de aquello que lo hace posible, la vida. Debe afirmar la vida de todos los seres humanos y las condiciones que la posibilitan. Caso contrario el pensar se torna vacío, cosmético, indigno de ser llevado a cabo. Esto implica que no se puede pensar con rigor y honestidad sin poner en cuestión las fuerzas que la niegan: el capitalismo neoliberal y sus adoradores. Por tal razón, hay que pensar, pero también hay que hablar de lo que pensamos: arrojar nuestra palabra al mundo³. Y, sobre todo, hay que poner el cuerpo para defender el contenido de lo que pensamos, es decir, el verbo debe encarnarse. Y, ello, necesariamente conlleva sus riesgos, pero también sus enormes beneficios.

2. De quién es la política

Es sabido que Aristóteles conceptualizó al ser humano como un animal político. La política es la gestión de los asuntos comunes públicos en un determinado Estado o ciudad, con personas que uno no ha elegido convivir. Es el oficio de gestionar el poder del pueblo al servicio del bien de todos. La noción de poder depende de la constitución de dos conceptos que la definen: el poder como *potentia*

³ Cabe advertir que “la palabra griega logos, habitualmente se la ha traducido por razón, en realidad quiere decir palabra y razón, porque no existen razones independientes de la palabra. Las razones se dicen, se expresan, es decir, se hablan y se comunican. Sin embargo, para comunicar las razones, no bastan las palabras, sino que ellas necesitan para ser dichas, de los hablantes, es decir, de seres humanos vivos” (Bautista Segales, 2005: 3).

y el poder como *potestas*. La *potentia* es el poder popular, comunitario que al delegarlo para que alguien la ejerza (autoridad) se convierte en *potestas* (poder delegado). Es decir, la *potentia* constituye la *potestas*. O, dicho de otro modo, el poder del pueblo constituye el poder de la autoridad. De ahí que quienes mandan tienen que hacerlo obedeciendo a quienes les confiaron su poder: el pueblo (Bautista Segales, 2014: 49).

Por ello, la política necesariamente presupone el conflicto, la contradicción, el desacuerdo con toda acción de la autoridad que no esté encaminada a satisfacer los intereses de quienes le confiaron su poder y le pagan el salario: el pueblo. En otras palabras, al delegar el poder a una persona concreta (presidente, congresista, magistrado, alcalde, etc.) lo mínimo que tienen que hacer los socios (de aquí la palabra ciudadano) es intervenir cuando dicho encargo no sea satisfecho o sea traicionado por la autoridad que ejerce el poder delegado.

Esta es la razón por la que intervenir en las cuestiones de interés común público era para los griegos la actividad social máspreciada: todo ciudadano tenía el deber de participar. De tal manera que quienes no lo hacían eran considerados enfermos⁴. Padeían la terrible enfermedad del “idiotismo”. La palabra idiota proviene del griego *idios* que significa privado, uno mismo, hostilidad a las cuestiones de interés común. Y se utilizaba para nombrar a los

⁴ En contraposición con enfermedad, la O.M.S conceptualiza la salud como “un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”. De modo que el idiotismo, desde esta perspectiva, puede considerarse como una enfermedad social. Porque socava las bases de lo sociable y comunitario al desinteresarse por los asuntos que beneficiaban a todos los miembros de la comunidad. Pero, no cualquier enfermedad, sino para decirlo con Voltaire, “una enfermedad extraordinaria, porque no es el enfermo el que sufre por ella, sino los demás”.

ciudadanos egoístas que no se interesaban por los asuntos comunes públicos, es decir, por la política. Así lo confirma Fernando Savater cuando dice: los griegos utilizaban la expresión idiotez para referirse a quien no se metía en política.

De modo que, participar en la política era un síntoma de salud social y de honorabilidad para los contemporáneos de Pericles, Sócrates y Aristóteles. Pero también para nuestra cultura andino-amazónica, participar en las tareas comunitarias, en los asuntos que benefician a todos, es síntoma de pertenencia y de armonía con los miembros de la comunidad: el ayni, la minka, el trueque son expresiones de que la política es praxis comunitaria, servicio a la comunidad y no servirse de la comunidad.

Contrariamente, hoy la palabra política ha sido vaciada de su contenido primigenio y llenada de inmundicia y engaño⁵. Se nos ha hecho creer que es un oficio de gente despreciable y sin escrúpulos. ¡Dedícate a cualquier cosa, menos a la política! Se nos aconseja.

Pero, ¿esto es casual? No. Hay todo un programa diseñado para ahuecar las palabras más sustanciales y llenarlos de contenido que legitime el modelo económico capitalista neoliberal vigente y el proyecto civilizatorio que lo sostiene, la modernidad⁶. La misma que

⁵ El capitalismo neoliberal no solamente ha elaborado su propia gramática. También ha inoculado una semántica a la medida de sus intereses.

⁶ Para la modernidad, siguiendo a Juan José Bautista, el poder es sinónimo de dominio. En la modernidad quienes tienen el poder lo ejercen en cuanto dominio, porque mandan sin obedecer a la voluntad de quienes les han delegado su poder, y con él, sus intereses, que es la voluntad colectiva de un pueblo soberano, cuya voluntad en consenso es lo único que puede legitimar el poder delegado de una persona, como el gobierno. (Bautista Segales: 2014). La modernidad como proyecto civilizatorio pare al capitalismo. Por ello, toda crítica al capitalismo tiene que ser también una crítica a la madre que la parió: la modernidad. El capitalismo es el dominio

preconiza que la política debe estar al servicio de lo económico; es decir, los bienes de interés común público (reservas naturales, agua, luz eléctrica, educación salud, trabajo, etc.) desde la perspectiva de los señores del mercado y del crimen solapado, deben de estar únicamente al servicio de la escala de intereses privados (derroche, consumismo, avaricia y, otros monstruos que vendrán).

No obstante, pensamos que debemos someter lo económico (y con ello los intereses privados) a lo político, que no es otra cosa que ponerlo al servicio de los intereses comunes públicos. O dicho de otro modo, al servicio de la vida sin adjetivos, y de todo elemento que la posibilite, que la produzca y reproduzca. Porque “la política es ante todo una acción en vista del crecimiento de la vida humana de la comunidad, del pueblo de la humanidad” (Dussel, 2006: 75). Y la economía ha de servir a la vida de todos y dejar de exigir que se la sirva y, ello solo es posible, si expurgamos la enfermedad que llevamos a cuestras: el idiotismo. Y afirmamos las energías que le resisten: la política.

Por ello, debemos intervenir en la política. Porque no hacerlo es renunciar a ser saludables para malvivir en la agonía crónica, a la espera de que un mundo mejor nos será dado por arte de magia. Mientras seguimos haciendo de nuestra desgracia y miseria el fundamento del derroche de unos cuantos. De aquellos que nos dicen que la política es un asunto que los ciudadanos honestos deben evitar. ¡Desidioticémos! Participemos en la política. Porque si ella es la gestión del poder del pueblo para ponerlos al servicio de los intereses comunes públicos⁷. Entonces, la política es

del capital como sistema económico que la modernidad se ocupó de imponer con la invasión a los pueblos de América y que luego se extendió a los pueblos del África y la India; y que hoy se pretende universal.

⁷ El pueblo, dice Enrique Dussel, es la sede del poder, no es el Estado, ni el líder, ni ninguna corporación económica, ni nadie. Todos, absolutamente

del pueblo y debemos usarla para nuestro beneficio. Si no lo hacemos —decía Alain— “seremos cruelmente castigados” (Comte-Sponville, 2002: 31). Porque la historia se construye cada día en la modalidad de política, es decir, se hace por el poder del pueblo; y si ello no ocurre, es por nuestro consentimiento⁸, porque nos hemos conformado a que unos cuantos decidan por los dueños de la política: el pueblo.

Ahora bien, reflexionemos brevemente sobre el conformismo.

3. **Contra el conformismo**

El conformismo social no es un mal propio de nuestra época. El viejo Marx ya la había advertido cuando escribió: “Perseo se envolvía en una capa de niebla para perseguir a los monstruos. Nosotros nos tapamos con nuestro embozo de niebla los oídos y los ojos para no ver ni oír las monstruosidades y poder negarlas” (Marx, 1956: 6).

Como en toda aberración humana, la verdadera derrota del pensamiento tiene como síntoma el conformismo, que es otra forma de idiotismo, encubierto por un halo de tranquilidad democrática para los gobernantes y de seguridad ciudadana para los gobernados. Una droga que como cualquier narcótico paraliza y mantiene en estado de somnolencia, inconciencia y adicción. Los que lo administran trabajan incansablemente para que los consumidores de semejante sustancia no tomen conciencia jamás de la gravedad de

todos están al servicio de la voluntad popular, porque la sede del poder reside en ella y las autoridades e instituciones ejercen un poder delegado.

⁸ Cuando esto pasa, “la corrupción es doble: del gobernante que se cree sede soberana del poder y de la comunidad política que se lo permite, que lo consiente, que se torna servil en vez de ser actora de la construcción de lo político” (Dussel, 2006: 14).

sus consecuencias y hagan uso del “supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión”⁹.

En el camino, los feligreses del capitalismo neoliberal¹⁰, nos han hecho creer que están del lado de la libertad, el progreso y la justicia. A través de todos los medios de comunicación posible (sobre todo la televisión) han creado el sentido común: *lo que es normal y lo que es anormal*. Los que no entran en su juego son tenidos como desfasados, opositores al desarrollo y en el peor de los casos enfermos o terroristas. Pues, quien no contribuye a su causa debe ser desechado.

Nos dicen que un buen ciudadano no debe participar en política. Que podemos hablar de fútbol, de los realitys shows, de cualquier cosa menos de política, porque eso es asunto de gente de mala reputación. Incluso, se usa la expresión politizar como peyorativa. Se dice por ejemplo, “no politices la educación, la economía o el derecho”. Cómo si la educación, la economía y el derecho no debieran estar al servicio de los intereses comunes públicos que es lo que significa la política: praxis humana por excelencia porque contiene lo más humano que hay en la persona¹¹.

⁹ Cabe precisar que la Declaración Universal de los Derechos Humanos en su preámbulo señala que en caso de que los derechos del ser humano no sean protegidos, estos están “compelidos al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión”.

¹⁰ El capitalismo neoliberal, no es solo un modelo de organizar la economía, es sobre todo una forma de vida, que anula toda capacidad para relacionarnos con los otros sin que esté determinado por el dinero. Todo, absolutamente todo, gira en función al dinero como certeza. Su principal éxito ha sido convencernos de que no hay alternativa más que la que propone.

¹¹ En este sentido el presidente boliviano Evo Morales señalaba que: “la política debería ser la ciencia de cómo servir al pueblo y no cómo servirse de él” (Bautista, 2014: 38).

Vociferan que el Estado no debe intervenir en la economía y que si lo hace es un paso seguro a la dictadura y al colapso social. Porque —predican— la economía tiene que crecer (¿la economía de quiénes?), no importa que se contaminen los ríos, se devasten los bosques, se acaben con el hábitat de poblaciones autóctonas, se pague a los trabajadores un sueldo miserable. Si es que con ello se genera ganancia para el dueño del capital y se da trabajo a la gente. Además —agregan— en algún momento el crecimiento económico goteará¹² para todos.

Auspician la elaboración de productos de poca duración y son hostiles a los de larga conservación: para comprar más hay que desechar más y para existir hay que consumir¹³. Cuando una persona tiene un producto por mucho tiempo (televisor, teléfono celular, computadora, etc.) se le dice despectivamente que colecciona antigüedades o que es un arqueólogo. Lo virtuoso para los amos del capital y las finanzas (por masoquismos o sadismo) es la obsolescencia¹⁴. Mientras menos duración tiene un producto es mejor.

¹² Según el modelo económico neoliberal, el “efecto goteo” consiste en que al producirse un crecimiento económico, parte de este necesariamente llegará a las capas sociales inferiores.

¹³ Alguien, parafraseando al “pienso luego existo” Cartesiano, acuñó la expresión “consumo luego existo”, como principio del capitalismo neoliberal.

¹⁴ La obsolescencia, en el modelo económico neoliberal es programada y percibida. Con la primera, el fin de vida útil de un producto o servicio es planificado por un período de tiempo determinado por el fabricante o por la empresa durante la fase de diseño de dicho producto. Con la segunda, se crea un producto con un cierto aspecto, y más adelante se vende exactamente el mismo producto cambiando tan solo la apariencia del mismo.

Nos dicen que no hay pobres, sino, perdedores¹⁵. Es decir, que la gente es pobre porque quiere, porque no trabaja o no trabaja lo suficiente. Y que por ello, la solución a la pobreza, al hambre, al analfabetismo es un asunto individual¹⁶ y no colectivo. Por tanto, en vez de organizarse políticamente, la gente debe adiestrarse con charlas de cómo ganar dinero, videos sobre marketing y lecturas de libros de autoayuda de autores como Miguel Ángel Cornejo, Cuauhtémoc Sánchez y otros somníferos que el mercado ofrece con mucha diligencia.

Enseñan, que la educación debe estar destinada a producir profesionales para el mercado, porque es lo que cuenta en última instancia, dicen. Es decir, las universidades deben convertirse en industrias de empleados. Y por ello, se debe elegir la carrera profesional que más campo laboral tenga y más dinero genere. No importa si nos guste o tengamos las habilidades para hacerlo, la vocación aquí no cuenta. Se parte de la certeza de que ganar dinero es el fin supremo de todo proyecto de vida personal y colectiva que se precie de moderno.

En suma, preconizan que desarrollo es igual a crecimiento económico y que se debe asegurar este último aunque ello signifique por un lado, acabar con los recursos naturales y condenar a millones de seres humanos a la muerte prematura por causa de sus consecuencias inmediatas¹⁷. Y por otro lado, trabajar más a cambio

¹⁵ Porque los pobres reclaman al Estado de su empobrecimiento, en cambio, los perdedores viven echándose la culpa de su situación.

¹⁶ Para ello, recurren a ejemplos como el de Alejandro Toledo: siendo un niño pobre que lustraba botas, llegó a ser presidente del Perú y a forrarse de dinero.

¹⁷ En menos de cuarenta años (1950-1990) la superficie global de las selvas vírgenes se ha reducido en más de 350 millones de hectáreas: el 18% de la selva africana, el 30% de las selvas oceánica y asiática, el 18% de las selvas latinoamericana y caribeña han sido destruidos (Ziegler, 1998: 37). En la

de una remuneración cada vez menor, es decir, invertir cada vez más vida en el trabajo a fin de que el empleador aumente su ganancia. En síntesis, los señores del mercado, las finanzas y el crimen solapado (el capitalismo) pretenden el progreso de la humanidad destruyendo las dos únicas fuentes de riqueza: las fuerzas de trabajo vivo y la tierra¹⁸.

No obstante, el problema no es que se diga o haga todo esto. Pues siempre habrá gente dispuesta a hacer el mal. Puesto que la bondad y la maldad, si bien no es una determinación, es una posibilidad en el ser humano. Lo realmente preocupante es que lo hemos creído. Vemos, oímos, hablamos, juzgamos el mundo desde la cosmovisión capitalista. Desde hace años nos hemos convertido en los instrumentos a través del cual el verdugo (capitalismo) toca plácidamente su melodía y bailamos a su ritmo. Nos ha hecho creer que lo que él piensa, dice y hace es lo correcto, lo normal, lo que nos conviene. Y más alarmante aún: la gran mayoría no se da cuenta.

Si no, cómo es posible que no nos interese intervenir en la gestión de los asuntos de interés común: educación, salud, medio ambiente, etc., mucho más aún, cuando estos son puestos en peligro de extinción por los señores del mercado y lo privado. Cómo es posible que frente a los atropellos de nuestros derechos abracemos la genuflexión, la indiferencia o el mimetismo intelectual. Cómo es posible que no nos rebelemos, sabiendo que el poder que ejercen los

situación actual de desarrollo de las fuerzas de producción agrícola, según la FAO, la tierra podría nutrir normalmente a 12 millones de seres humanos con postre incluido, con una nutrición equivalente a 2.700 calorías por día tal como lo recomienda la OMS. Sin embargo, “al comienzo de este milenio, en un planeta que nada en la abundancia, muere un niño menor de diez años cada cinco segundos. Por hambre o por enfermedad causadas por el hambre” (Ziegler, 2010: 21).

¹⁸ Al respecto escribe Marx que: “el trabajo es el padre de la riqueza, la tierra la madre” (Marx, 1956: 39).

verdugos (autoridades en complicidad con sus financistas, corporaciones) les es dado por el pueblo (*potentia*) y no por ningún mandato divino, y que por tanto, también les podemos quitar cuando no trabajen por los intereses del poder que los eligió y que les paga su salario: el pueblo.

Si todo esto ocurre, es por nuestro consentimiento. No es porque ellos sean más grandes y más fuertes que nosotros (pueblo), sino porque nos hemos conformado a pensar de rodillas. Hemos renunciado a pensar por cuenta propia para repetir obedientemente lo que ellos quieren que pensemos. Levantemos el pensamiento y veremos que ellos no son grandes. Parecen grandes porque pensamos de rodillas¹⁹. Dejemos las rodilleras que nos denigra y nos limita. Usemos el poder del pensamiento y no cesemos jamás de escandalizar a los idiotas. Hasta que un puñado de tierra nos tape la boca. Y, entonces, solo entonces estaremos contentos, pero jamás conformes.

Sin embargo, reflexionemos finalmente sobre la importancia del pensar.

4. Instigación a pensar

En plena época del desencanto y del monopolio del pensamiento único (capitalismo), parecería que no quedara nada por decir o hacer que no sea soportar y resignarnos. Vivimos habituados a no pensar porque estamos educados para obedecer. Para no ver,

¹⁹ Dejar de pensar de rodillas es una forma eufemística de decir que dejemos de ser imbéciles. La palabra imbécil proviene del latín *baculus* que significa *bastón*: el imbécil es el que necesita bastón para caminar. En nuestro caso, si el imbécil cojea no es de los pies, sino del pensamiento: es alguien que pide permiso para pensar, y por ello, siempre termina repitiendo. No piensa, es pensado; no habla, es hablado: es la voz del tirano sin saberlo.

oír ni decir nuestra palabra. En suma, para no disentir, sino para estar de acuerdo. En general, la educación formal, no formal e informal están diseñadas para evitar el disenso, la confrontación de ideas, la creatividad, o mejor dicho, para no pensar por uno mismo.

El capitalismo ha colonizando la subjetividad de nuestros conciudadanos, y es mucho más peligroso de lo que se cree²⁰. Tiene a su servicio instituciones de normalización (escuelas), el principio de estupidización cotidiana (televisión), los rituales de solemnización, las modas y la payasada crónica (mercado y religión).

Todos ellos se han confabulado en santa alianza para que a base de repetirnos continuamente nos resignemos a obedecer los mandatos venidos del poder político, económico, religioso, etc. Pues es sabido que muchas repeticiones constituyen una verdad, dado que “una manera segura de hacer que la gente se crea falsedades es la repetición frecuente, porque la familiaridad no es fácil de distinguir de la verdad” (Kahneman, 2012: 88). Por ello, se vocifera hasta el agotamiento que todo buen hijo, alumno, profesional, ciudadano, etc., debe tender a los acuerdos (a quedar bien aunque ello implique renunciar a sus principios) y eludir la confrontación y el disenso; en

²⁰ Así por ejemplo, en el capitalismo, el alimento que sirve para reproducir la vida, lo convierte en mercancía para reproducir capital. De manera que: “Cuando comemos este alimento mercancía, lo que comemos es lo que está contenido en esa mercancía, que en última instancia es el capitalismo, es decir, cuando comemos el alimento-mercancía-capitalista, lo que comemos son las relaciones capitalistas de producción contenidas en esa mercancía-alimento, el cual se transforma luego en contenido de nuestra subjetividad” (Bautista Segales, 2012: 96). Y lo mismo ocurre con la información, la educación e incluso la religión que se profesa. La cuestión es que no vemos lo que está oculto detrás de estas relaciones porque estas nos deslumbran con su apariencia.

síntesis, debe evitar pensar. No obstante, omiten dar razones al ¿por qué debemos de estar de acuerdo?

En efecto, todo este discurso es aparentemente hermoso, bien intencionado y agradable para los oídos de muchos (unos por sadismo y otros por masoquismo). Pues quien obedece no piensa y quien no piensa se ahorran la hermosa fatiga de vivir en mérito de sus propias reflexiones, ¿por qué pensar por mi cuenta si puedo obedecer tranquilamente por cuenta de los demás? No cabe duda, es más cómodo aceptarlo todo que aventurarnos a cuestionarlo todo, a pensarlo todo.

Ahora bien, si ejercitamos el pensamiento, que todavía es gratuito, pero no natural; es decir, no es como respirar, sino que requiere un poco de esfuerzo (sobre todo de desaprendizaje), y echamos un vistazo sobre nuestra realidad; cabe cuestionarnos, ¿debe estar de acuerdo la madre que deambula por la calle esperando una limosna? ¿Debe estar de acuerdo el padre de familia que todas las mañanas revuelve la basura buscando restos de comida para alimentar a sus hijos? ¿Debe estar de acuerdo el joven que es confinado a trabajar en condiciones deplorables por un sueldo miserable? ¿Debe estar de acuerdo la madre que observa a las mascotas de su compatriota alimentarse mejor que sus pequeños hijos? Con todo, ¿por qué deben estar de acuerdo? Y, si somos más impertinentes, ¿a quiénes les conviene que todos ellos estén de acuerdo?

El autor de *Rebelión en la granja*, advirtió que “algo erróneo no se convierte en verdad a base de repetirlo muchas veces, y que tampoco la verdad se convierte en algo erróneo porque nadie la vea”. Al parecer detrás de la hermosa expresión “acuerdo” se esconde la inmundicia humana de unos cuantos, de aquellos que dicen que todo está bien y que en consecuencia no hay nada por hacer o por cambiar, sino todo por obedecer y celebrar.

No obstante, debemos indicar que en todo esto hay consecuencias profundamente aberrantes. Si no, ¿por qué nos resulta tan difícil siquiera imaginar otra sociedad? ¿Qué nos impide concebir una forma distinta de organizarnos que nos beneficie a todos? ¿Por qué ya no nos subleva la injusticia, la pobreza, la explotación, la servidumbre, la ignorancia, la farsa, la corrupción y la bajeza intelectual?

Sostenemos, contrariamente a lo que se viene vociferando desde la academia hasta los púlpitos, que el acuerdo sin previo debate crítico, no es más que otra forma solapada de genuflexión, y por tanto, una amenaza para la democracia.

Ello, en razón de que, por un lado, sabemos que la democracia nació, se funda y se vitaliza continuamente con el pensar crítico. Por eso, parafraseando a Fernando Savater, podemos decir que el oficio de pensar (filosofía), nace en el mismo lugar que la democracia; que la tarea de pensar significa en el terreno intelectual lo que la democracia en el terreno político. Porque el pensar nos distancia de los acuerdos acrílicos, de presunciones establecidas y creencias aceptadas sin previamente haberlas sometido al crisol de la razón.

Por dar un ejemplo, en la democracia Ateniense, Sócrates, hombre que no daba nada por supuesto sino que todo lo pensaba, aparece como un subversivo que sometía a discusión aquello que la opinión común tenía como indiscutible. En otras palabras, el *disenso* era la regla y el acuerdo la excepción, es decir, este último solo era posible luego de haber pasado por el crisol del pensar. Lo excepcional se lograba después de un arduo trabajo de discusión, de debate y rebate racional.

Por otro lado, una sociedad que se funda en el acuerdo sin antes haber sometido sus pretensiones al juicio del tribunal de la

razón, es una sociedad rebaño: negación del pensamiento y un elogio a la sumisión.

En suma, renunciar a pensar, a expresar nuestros intereses y a discutirlos es un peligro para la convivencia social, o en todo caso para la gran mayoría (hay una minoría que se ve tremendamente favorecida). Porque las ideas están para ser aplaudidas o vilipendiadas, asumidas o rechazadas. Y, tal como podrá advertir cualquier conciudadano, en nuestro país hay mucho por injuriar y poco por elogiar.

Los que vociferan debemos tender a los acuerdos, están bien como están: no necesitan educación pública porque pueden comprar educación, no necesitan transporte público porque pueden comprar transporte, no necesitan seguridad porque tiene seguridad privada, no necesitan salud pública porque tiene sus médicos privados, y hasta no necesitan justicia porque pueden comprar jueces y fiscales.

Por todo ello, debemos celebrar el pensamiento a través de la discusión, el debate y el rebate racional a todas las estupideces²¹ que se nos quiera imponer; a costa de que al hablar de estupidez, para decirlo sarcásticamente, se corra graves riesgos: “para los puritanos y débiles de pensamiento puede interpretarse como arrogancia o, incluso, como intento de perturbar el desarrollo de nuestra época” (Musil, 1974: 7). El desarrollo que preconiza el neoliberalismo a costa de la masacre a la naturaleza y al trabajador. Las dos únicas fuentes creadoras de riqueza.

²¹ Al respecto, en la introducción a su *Historia de la estupidez humana*, Paul Tabori, escribe: “Algunos nacen estúpidos, otros alcanzan el estado de estupidez, y hay individuos a quienes la estupidez se les adhiere. Pero la mayoría son estúpidos no por influencia de sus antepasados o de sus contemporáneos, sino por un arduo trabajo individual”.

En fin, la democracia en principio no nace para legitimar los acuerdos, para obedecer los mandatos, sino para cuestionarlos, para discutirlos: incitar a desobedecerlos a transgredirlos con razones. Las ideas no están para ser respetadas, vengan de donde vengan, del magistrado, el presidente, el Papa, etc.; sino por el contrario, para profanarlas, quitarlas su inocencia y candidez a fin de expurgarlas de sus impurezas de contenido y malas intenciones.

En tal sentido, es de necesidad pública ciudadanos que se opongan a aceptar acriticamente los preceptos del poder político, económico, religioso, etc., hegemónicos, sin previamente haberlos sometido al tribunal de la razón. Individuos que hagan del pensar una costumbre, un modo de vivir y convivir; que combatan contra las verdades inamovibles, los clichés, el mimetismo intelectual; capaces de atreverse a pensar, y pensar significa, cuestionarlo todo, a fin de agrietar las fronteras que limitan la vida y provocar las condiciones que la posibiliten. Porque el pensador piensa por necesidad y no por lujo. Y lo que debe movilizar a pensar es la afirmación de la vida, su producción y reproducción.

5. Palabras finales: los filósofos deben pensar peligrosamente

Si bien pensar no es monopolio de los filósofos, no obstante, el hecho de que los filósofos se hayan venido dedicando con especial intensidad a dicha actividad desde muy antiguo es algo que merece ser tomado en cuenta (Cruz, 2004: 11).

Por tal razón, sugiero finalmente que, profanar la política presupone que nos entusiasmemos con otro mundo posible, otro país posible, donde alimentarse bien, educarse, tener vivienda, salud, trabajo, etc., sea una realidad cotidiana del bloque social de los oprimidos (pueblo) y no una ilusión. Pero para ello es imprescindible renovar nuestro diálogo público como ciudadanos. Diálogo que se funde en la confrontación de ideas y nunca en la aceptación pasiva

de las mismas. Porque es la forma más realista y efectiva de propiciar cambios encaminados a generar las condiciones que posibiliten “la producción, reproducción y desarrollo de la vida humana en comunidad” (Dussel, 2001:44).

Y la tarea del filósofo, qué duda cabe, debe ser la de adosar la rebeldía al pensamiento. Insurrección que nazca de la indignación frente a las injusticias y se objetive en la denuncia. Haciendo del pensar una actividad creativa de transgresión contra los límites que se nos imponen a la vida. Porque sin conflicto no podemos pensar nuestra vida y vivir nuestro pensamiento. Y por ello, filosofar con rigor y honestidad es pensar peligrosamente. Porque supone pensar contra algo y consecuentemente contra alguien. Si no, ¿por qué los antiguos llamaban terribles a los filósofos? Porque cuestionaban el orden de la ciudad y del mundo. Pero hoy (salvo algunas excepciones), “los filósofos son corderos” (Colli, 2004: 269). Y de lo que se trata es de no ser corderos ni lobos, sino, filósofos: amenaza para los victimarios y escándalo para los idiotas.

Bibliografía consultada

Agamben, Giorgio. “Dios no murió. Se transformó en dinero”. Ragusa New. Disponible en: <http://anarquiacoronada.blogspot.pe/2013/03/entrevista-giorgio-agamben-dios-no.html>.

Agamben, Giorgio. (2005). *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Bautista, Juan José. (2014). *¿Qué significa pensar desde América Latina? Hacia una racionalidad trasmoderna y postoccidental*. Madrid: Akal.

Bautista Segales. (2012). *Hacia la descolonización de la ciencia social latinoamericana*. La Paz: Rincón Ediciones.

Bautista Segales, J. José. (2005). *Crítica de la razón boliviana. Elementos para una crítica de la subjetividad del boliviano-latinoamericano*. La Paz: Pisteuma.

Bautista, Rafael. (2014). *La descolonización de la política. Introducción a una política comunitaria*. La Paz: AGRUCO/Plural.

Cruz, Manuel. (2004). *La tarea de pensar*. Barcelona: Tusquets.

Colli, Giorgio. (2004). *Filosofía de la expresión. 2da. Ed.* Madrid: Siruela.

Comte-Sponville, André. (2002). *Invitación a la filosofía*. Barcelona: Paidós.

Corman, J. Lehrer, K. y Pappas G. (1990). *Introducción a los problemas y argumentos filosóficos*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Castro, Fidel. (2009). *La historia me absolverá y otros discursos*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.

Dussel, Enrique. (2006). *20 tesis de política*. México: Siglo XXI.

- Dussel, Enrique. (2001). *Hacia una filosofía política crítica*. Bilbao: Descleé De Brouwer.
- Kahneman, Daniel. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Barcelona: Debate.
- Marx, Karl. (1956). *El capital. Crítica de la Economía política*. Tomo I. Buenos Aires: Cartago.
- Marx, Karl. (1955). *Introducción para la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Buenos Aires: Claridad.
- Musil, Robert. (1974). *Sobre la estupidez*. Barcelona: Tusquets.
- Ziegler, Jean. (2010). *El odio a Occidente*. Barcelona: Península.
- Ziegler, Jean. (1998). *Los señores del crimen. Las nuevas mafias contra la democracia*. Barcelona: Planeta.